

Libro: *El buen hijo (De goede zoon)*

Autor: Rob van Essen

Traductor: Guillermo Briz Blanco (gbrizbb@yahoo.es)

Fragmento: Capítulo 1 (*Primer y segundo día*), secciones iv, v, vi

IV

Qué poca atención pones al entrar en un coche, no es más que eso, un coche, te sientas, te abrochas el cinturón y lo observas todo un poco por encima, si hay basura en el suelo, si estás cómodo en el asiento, pero sin fijarte demasiado, puede que hables mientras tanto, afuera puede ocurrir cualquier cosa que te llame más la atención, no le das ninguna importancia, no eres consciente de que ese coche será durante días tu entorno inmediato, que durante días no tendrás ni idea de lo que ocurre fuera de ese coche, que esos días parecerán semanas; el coche se convertirá en una segunda piel, se convertirá en un coche diferente al del principio, a *ese* coche no volverás a subirte nunca, de la misma forma que nunca llegas a vivir en la casa que fuiste a ver antes de firmar la hipoteca. Pero, ahora que lo pienso, acabo de entrar y todavía no sé que pasaré varios días en este coche. No me sorprende que sea de gasolina; son los coches en los que he viajado toda mi vida, para mí son los coches normales, pero eso significa que Lennox debe de tener un permiso especial. O no, claro, todavía no sé a qué se dedica ahora ni lo que vamos a hacer con este asunto de la pérdida de memoria de Bonzo, por ahora atravesamos Mersbergen, de una u otra forma se las arregla para evitar los desfiles del carnaval. Los adoquines de la calle están llenos de puntitos de colores muy vivos que forman patrones indescifrables, puede que sea un extenso mensaje codificado que se extiende por todas las calles del pueblo y que dice algo sobre nuestra misión, y *esa* sea la razón de nuestra escala en Mersbergen. Pero no, es confeti, miro hacia atrás con la esperanza de ver los puntitos revoloteando detrás de nosotros, pero se quedan en el suelo, como si los hubieran encolado a los adoquines. También miro un momento por encima de las casas, pero el brazo gigante ha desaparecido, pienso que quizá debería agitar yo el mío, porque nos marchamos de aquí.

Qué tal te va, pregunta Lennox. Bien, digo yo. Suelta una risa desdeñosa, pero no desagradable. Desdeñosa y reconocible. Esa es mi sensación, aunque llevábamos años sin vernos. Si te fuera bien no habrías venido, dice. Cómo que no, qué bobada es esa, ¿no me lo ha pedido él mismo, con esa historia sobre Bonzo? Está claro que no tienes nada urgente que hacer, nada en la agenda, puedes apuntarte así, sin más, hala, a lo mejor hasta te ha venido bien, ¿estás huyendo de algo, o de alguien? No. Sí, de la silla de mi madre, de mi editor, de una mujer del Albert Heijn. Pero no lo digo. Tampoco es la verdad. Al final, lo único que hice fue posar el separador con más fuerza de la necesaria entre mi compra y la suya. Parece que hace una eternidad, y no hemos hecho más que empezar.

Me va muy bien, digo, no te preocupes por mí.

Pero nos hemos hecho viejos, ¿eh?, replica Lennox. En eso tiene razón, nos hemos hecho viejos, él desde luego, porque a él hacía cuarenta años que no lo veía, mientras que a mí mismo me he visto envejecer poquito a poco en el espejo. Tiene el pelo blanco y fino, le cuelga la piel debajo de la barbilla, tiene el aspecto de alguien a quien ha envejecido artificialmente un maquillador o un programa informático para rodar la parte final de una película. ¡Fíjate! Suelta una mano del volante y me la acerca, con los dedos extendidos.

No veo que tiemble, digo.

¿Temblar? ¡Mira las manos, están llenas de manchas!

Es cierto, tiene manchas marrones en el dorso de las manos.

Fui al médico; pensé: seguro que es cáncer de piel. Y va el tío y me dice: mire usted, eso no son más que manchas de vejez.

Vuelve a poner la mano en el volante y se ríe, como si fuera un chiste muy bueno. ¡Manchas de vejez! Y tampoco estamos tan en forma como en los buenos tiempos, ¿eh? Cuando nos pasábamos todo el día cargando cajas en el Archivo. Ahora no podríamos, ¿eh?

Hombre, digo yo, todo el día... Una partidita de ajedrez en el pasillo, ir a ver a aquellos viejos policías...

Sí, sí, dice Lennox. Pero entre medias bien que cargábamos. Y luego, con Guido, cuando íbamos a buscar archivos. Escaleras arriba y escaleras abajo. Ahora me canso solo de pensarlo. Pero bueno, eso se acabó. ¿Y tú? ¿También viejo y achacoso?

No me quejo, digo, lo único es que tengo un zumbido en la cabeza. Puede ser cansancio, o el eco interior del ruido del tráfico. Ya no estoy acostumbrado a hacer viajes tan largos.

El eco interior del ruido del tráfico, repite Lennox como si estuviera haciendo un dictado. Qué bonita forma de decirlo, ahí se nota que tengo a mi lado a un escritor. Lo que tienes es un acúfeno. Es la edad.

No, le digo, es como si tuviera un insecto en la cabeza, no es algo continuo. Si es un acúfeno, entonces es un acúfeno en busca de acomodo.

También podría haber dicho que tengo en la cabeza a mi madre con su silla, pero el símil del insecto me gusta más, en cualquier caso requiere menos explicaciones.

Un acúfeno en busca de acomodo, repite Lennox muy despacio, otro hallazgo poético. ¿Cómo es el sonido?

Pues ya te digo, como un insecto. BZZZZZZT, BZZZZT, BZZZZT, BZZT, BZZZZZZT, BZT.

¡Pero si es Guido!, exclama Lennox, ese es Guido montado en su carrito dando vueltas por tu cabeza.

Pues eso será.

Guido... dice Lennox, Guido... Como si hiciera un gran esfuerzo para recordarlo, con su silla de ruedas eléctrica. Así es como sonaba, ¿eh? Y se queda mirando al frente, asintiendo pensativo, con las manos en el volante.

Tenías razón, dice después de pasar un par de minutos en silencio uno al lado del otro.

¿En qué? ¿Cuándo?

Cuando nos conocimos, en el Archivo, cuando me presenté. Tú entendiste Lennon. O por lo menos preguntaste: ¿Lennon? Pues tenías razón, era una variante de Lennon. Lennon con equis. No tenía nada que ver con Annie Lennox.

Lennon con equis, digo yo, asintiendo con la cabeza.

Sí, dice él, era para darme un qué sé yo. Consistencia. Picante. Yo era fan de los Beatles.

Yo también, digo.

Ya lo sé, dice Lennox, en aquella época lo hablamos a menudo.

¿En serio? No me acuerdo de nada.

Sí, en serio, si lo digo yo es que fue así. Hablamos muchas veces de los Beatles, de que a nosotros nos pillaron un poquito jóvenes. Teníamos hermanos mayores, tú una hermana y yo un hermano. Todavía me acuerdo de dónde estabas tú cuando te enteraste del asesinato de Lennon. Era por la mañana, estabas en la cama, tu madre entró en tu habitación y te dijo que habían matado a tiros a un Beatle, lo acababan de dar en la radio, pero no se acordaba bien del nombre. ¿Leno? En esa época tú tenías pegadas en la pared las cuatro fotos de *The white album*, y tu madre señaló sin dudarle la foto correcta: ¿es ese? Eso siempre te maravilló, que adivinara cuál de ellos era John Lennon.

Me mira durante un segundo, después vuelve a mirar a la carretera, con una leve sonrisa. Se acuerda de todo lo que le conté. Eso no me gusta. Siempre ha estado un poco por encima de mí. También me ganaba siempre al ajedrez.

El coche sigue avanzando, me acuerdo de mi madre entrando en la habitación, yo no tenía trabajo, había dejado los estudios, por eso estaba todavía en la cama. Un par

de meses antes también había entrado, y me había siseado: ¿pero duermes *desnudo*?, como si yo hubiera cometido una infracción horrible que había que ocultar a las autoridades. Y quizá también había celos en su voz, porque yo comenzaba una etapa de la que ella ya se había despedido hacía mucho tiempo. Un mes más tarde me mudé a Ámsterdam, donde estudiaba mi hermana; gracias a ella me admitieron en un piso okupa de la zona este. Ya nunca salí de ahí. De la ciudad, quiero decir: en aquel piso no viví más que seis meses.

¿O te habías olvidado de todo eso?, pregunta Lennox, que seguramente ha leído algo en mi cara. No, solo me había olvidado de haberlo hablado contigo, digo yo.

V

Cae la tarde, llevamos horas conduciendo por la autopista. A izquierda y derecha, prados, terrenos industriales, otras autopistas que se cruzan con la nuestra, con viaductos y pasos elevados. El cielo está encapotado, el gris es el color dominante. Nos acercamos a la frontera. La frontera nacional: qué anticuado suena. A estas alturas se podría esperar que todas las fronteras fueran digitales, y también nosotros mismos; y quién sabe, circulan rumores. Y al mismo tiempo se podría esperar que las fronteras fueran más importantes de lo que han sido durante décadas, que estuvieran vigiladas, incluso defendidas, por grupos de patriotas, porque todo se desmorona. En realidad, se podría esperar cualquier cosa, pero, por ahora, lo que parece claro es que vamos a poder continuar, a no ser que en las últimas horas haya ocurrido algo de lo que no me he enterado. La radio está apagada, Lennox no usa navegador, parece que sabe adónde tiene que ir. ¿Tengo que apagar mi pádeo?, pregunto. ¿Y eso?, dice Lennox. No sé, respondo, pensé que a lo mejor esto era una misión secreta. Suena ridículo, al instante me avergüenzo de lo que acabo de decir; pero *entonces* ¿qué pintamos aquí? ¿Somos solo dos sesentones dando una vuelta en coche? Puedes dejarlo todo encendido, dice Lennox. Como un médico capaz de ver a través de la ropa. Entonces pueden seguirnos el rastro, digo. ¿Quiénes?, pregunta Lennox. Quien sea, respondo yo. Quien tenga acceso a los datos... A saber, quizá sea Lennox el que tiene acceso a los datos, qué sé yo de esas cosas, yo lo único que sé es escribir libros, y ni siquiera eso lo tengo muy claro. Tienes que explicármelo todo, digo, todavía no sé muy bien qué es lo que estamos haciendo. Dentro de un rato cenamos en algún lado, dice Lennox, y te cuento el resto.

A nuestra derecha circula una columna de camiones autoguiados. Cada uno a medio metro del anterior, me gustaría que pasara algo en la parte delantera para verlos

frenar a todos a la vez, es una cosa que solo he visto en vídeos. Aquí y allá se ve a alguien al volante, los demás conductores seguramente estarán durmiendo. Cabría esperar un muro sonoro (al menos lo espero yo, que fui programado en el mundo antiguo), pero son todos eléctricos. En algún lugar está a punto de echar la persiana la última autoescuela. Automóvil significa moverse solo, así que podría decirse que los automóviles han alcanzado por fin su destino, el siglo largo que hemos estado sentados al volante no ha sido más que un periodo de adaptación, la época en la que el automóvil aún no era perfecto.

Cuéntame una historia, dice Lennox.

¿Cómo?

Tengo al lado a un escritor, ¿no? El maestro del *thriller* sin trama.

O sea, que lo sabe. Bueno, tampoco era tan difícil de averiguar, no uso seudónimo.

El maestro del *thriller* sin trama, repite Lennox, en tono pensativo, en voz baja, pero con cierto énfasis, como si estuviéramos en una obra de teatro y tuviera que repetir su última frase para recordarme que me toca a mí continuar con mi parte del texto.

El apodo no me lo puse yo, digo.

Ya, suele ser así, dice Lennox, como si fuera un experto en el tema.

¿Te parece mal?, pregunto.

¿Qué iba a parecerme mal?

Bueno, digo, si sabes que escribo, sabrás cómo se llama el detective. ¿Te parece mal que haya usado tu nombre?

¿Lennox?, pregunta. Hombre, mal, mal... A lo mejor hasta es un homenaje, ¿no? No las he leído, eso también cuenta. Me mira un instante. Lennox, con su nariz de boxeador, dice, sonriéndole al parabrisas. Lennox, con su nariz de boxeador.

Me pareció que eso le daba aspecto de tipo duro, digo.

Claro, claro, dice Lennox, asintiendo con la cabeza. Pero ya no tiene esa nariz, ¿eh?

Pasamos al lado de una zona industrial, a ambos lados hay grandes naves de paredes metálicas sin ventanas, no se ve actividad por ningún lado, en los aparcamientos vacíos hay alguna que otra farola encendida. Pasos elevados sobre patas de hormigón, amplios cruces con semáforos, la autopista pasa a tener dos carriles, a ambos lados se elevan altos bloques de pisos, fachadas de color ocre salpicadas de ventanas rectangulares en las que no se ve ni una luz encendida. Junto a algunas de las ventanas

hay cuerdas con ropa grisácea puesta a secar. El cielo está cubierto, de modo que parece más tarde de lo que es, casi de noche. De pronto el tráfico se hace más denso, la ciudad no es capaz de asimilar el flujo de coches, nos movemos a paso de tortuga y tenemos que parar continuamente, no hay ni rastro de los camiones autoguiados, deben de haber tomado otra salida.

Lennox tamborilea con los dedos en el volante. Detrás de alguna que otra ventana de los bloques de pisos se enciende una luz, como en un escenario en el que empieza a haber movimiento porque ha llegado el público. Hay una mujer, en un quinto o sexto piso, recogiendo ropa tendida, junto a ella hay un niño que mira a la calle, de izquierda a derecha y de nuevo a la izquierda, como sorprendido por las vistas. Miro hacia atrás para ver si las luces de los pisos siguen encendidas después de que pasemos nosotros. ¿Qué miras?, pregunta Lennox. No respondo. Metro a metro nos adentramos en la ciudad. De repente volvemos a coger velocidad, la carretera pasa a tener cuatro carriles y unas curvas suaves y gigantescas, a lo lejos hay rascacielos grises cuyas azoteas se diluyen entre las nubes bajas, al instante desaparece ese paisaje, como si nunca hubiera existido, y volvemos a circular por calles estrechas, junto a bloques de viviendas y árboles cuyas hojas caídas les dan un color cobrizo a las aceras. Hay pequeñas tiendas con un montón de carteles y pegatinas en los escaparates iluminados, pasamos junto a la valla de una escuela, hecha de columnas rectangulares de piedra y barras de hierro negras, hay una placita con una fuente seca y después volvemos a detenernos porque todo el tráfico se detiene. Por la acera, entre las hojas muertas, caminan colegialas, solas o en grupos de tres, unas junto a otras, ocupando todo el ancho de la acera, con el pelo suelto. Todas llevan el mismo uniforme: chaqueta verde, camisa blanca, zapatos brillantes negros, medias grises perpetuamente caídas. Miran unas pantallitas que se enseñan las unas a las otras; las que van solas caminan más despacio y el resto las adelanta, pero hasta las más veloces se frenan de vez en cuando para tirar hacia arriba de unas medias o esperar a las mochilas. Mira para adelante, dice Lennox, ya estás viejo para esto. Y empieza a recitar títulos que reconozco, o al menos reconozco el concepto, son títulos, inventados o no, de vídeos porno en los que salen actrices disfrazadas de colegialas. En esos vídeos, las actrices suelen llevar el pelo recogido en trenzas para parecer más jóvenes, pero algo falla, lo único que consiguen es parecer menos creíbles, sobre todo si, además, les pintan pecas en la nariz y en las mejillas. Las chicas, que no dejan de pasar (al parecer es la hora de salida en algún colegio de chicas del vecindario), no llevan trenzas, son suficientemente jóvenes como

parar no querer aparentar que lo son aún más, son de una juventud turbadora, y Lennox tiene razón, pero no las miro a ellas, miro sus mochilas. Las niñas llevan mochilas de distintos colores, pero todas del mismo modelo, son suaves, rechonchas, y tienen dos ganchos con los que se pueden ajustar a los hombros. Los ganchos son suaves, acolchados, están forrados con la misma tela de la que está hecha la mochila, pero llevan un refuerzo de acero, me imagino, y terminan en una pieza roma de metal negro. Son mochilas que se arrastran: las pones en el suelo y se arrastran detrás de ti, avanzan ayudándose de los ganchos, primero uno, luego el otro. Muy rápidas no son, las niñas tienen que frenarse para que la distancia entre ellas y sus mochilas no sea demasiado grande, no sé si las mochilas reconocen a sus dueñas o si avanzan al buen tuntún. Cada vez que un gancho avanza, la tela con la que está forrado se estira muy despacio, y cuando se curva de nuevo vuelven a aparecer arrugas; y así van arrastrándose, como tortugas ciegas, como perezosos caídos de un árbol con las patas de atrás paralizadas. Mira esas mochilas, digo yo, y Lennox dice sí, sin mirar, como si ya lo hubiera visto todo y tuviera la mente puesta en un futuro que yo apenas puedo imaginar.

VI

Se hace de noche, estamos ya en el centro, no en el de negocios, sino en el centro antiguo, con sus hoteles y restaurantes y plazas. Vamos caminando hacia el hotel que ha elegido Lennox. Ha dejado el coche en un aparcamiento subterráneo; mientras lo veía desaparecer en el ascensor de cristal, me imaginé un gran circuito subterráneo en el que jóvenes con acceso al código de cada vehículo se pasan la noche echando carreras.

La calle está llena de gente, y hay polvo flotando en el aire, pequeñas partículas móviles suficientemente pequeñas como para no ser vistas, solo intuitas, pero que se pueden percibir de una u otra forma. Quizá sean solo mis ojos, pero también podría ser una especie de lluvia radiactiva, una cosa que es consecuencia de otra cosa, un acontecimiento irreversible, pero que importa más bien poco, porque *nosotros* importamos más bien poco. Yo he vivido el posmodernismo (hace poco leí en el periódico que hay edificios posmodernos en la lista oficial de monumentos) y ahora mismo vivimos un periodo pos, pos-algo, *poshumano*, por ejemplo, considerando todas las acepciones del término humano; el antropoceno acabó al poco de ser descubierto, aunque más que acabarse fue arrollado. De aquí a nada las mochilas irán a la escuela arrastrándose todas juntas y las niñas podrán quedarse en casa. Y cuando digo que he leído algo sobre edificios posmodernos en el periódico, no me refiero a un periódico,

claro, sino a un texto en una pantalla, ya solo quedan periódicos para nostálgicos, un periódico de verdad no es más que un nombre sobre una pantalla, de hecho son nombres pequeños, insignificantes; y no es nada sorprendente que hayan acabado siendo así de diminutos: cuando ya no pudieron aguantar el ritmo de las noticias, empezaron a aplicar su machacona autosuficiencia, con la que solían aleccionar al mundo, para aconsejar los libros que había que leer, las películas que había que ver, las series que había que seguir, los restaurantes en los que había que comer, los vinos que había que beber, las ciudades que había que visitar, la ropa que había que ponerse, el suelo que había que instalar, los viajes que había que hacer, como si alguien te gritara órdenes al oído, un sabelotodo intransigente y al mismo tiempo un niño llorón que defiende unos dominios cada vez más pequeños.

De vez en cuando leo periódicos para nostálgicos, el papel en las manos, el sonido al pasar las páginas, me gusta tener en la mano algo que no cambia después de que yo lo haya cogido o comprado, un periódico de verdad, un libro de verdad, pero llegará el momento en el que ya no haya cosas, solo píxeles. Echaré de menos las cosas, porque yo también soy una cosa. En el CoffeeHub de la calle Rijnstraat tienen uno de esos aparatos en los que puedes teclear una fecha cualquiera de la segunda mitad del siglo XX y en diez segundos sale rodando por una abertura el periódico de ese día, impreso en un papel que todavía no ha empezado a amarillear pero que parece a punto de hacerlo, y en un formato tan grande que ahora parece ridículo, pero que en su época era normal. Pides un café y te sientas y abres el periódico y se te saltan las lágrimas. Ayer mismo estuve leyendo uno, antes de ir al Albert Heijn y de tener ese casi-altercado, que quizá ocurrió precisamente porque acababa de leer el periódico. Ya no me acuerdo del día que elegí, tuve que introducir la fecha dos veces (*la fecha que ha elegido corresponde a un domingo*, me informó el aparato después del primer intento, *introduzca una nueva fecha*), pero suelo elegir algo de los años ochenta o noventa, en esa época yo tenía mucho tiempo para leer periódicos, y entonces uno abre esa cosa y se encuentra con ese diseño tan trasnochado, y esas columnas escritas por columnistas muertos hace ya mucho tiempo, a los que todo el mundo consideraba tan agudos, y que se consideraban a sí mismos muy agudos, y por qué no, si todo el mundo piensa que eres ingenioso no vas a ser tú el único que diga a ver, a ver, oigan ustedes, que esto que hago yo tampoco es nada del otro mundo; y todas las noticias que dejaron de serlo hace tanto tiempo y que en aquella época nadie sabía cómo acabarían y que en muchos casos aún hoy seguimos sin saberlo porque ya no sabemos quiénes eran aquellas personas ni

dónde quedaban aquellos países, y todos los anuncios, sobre todo los anuncios, de ropa y coches y televisores, todo el mundo ha muerto y todo está desgastado y estropeado, y si aún existe no hay nadie que sepa cómo repararlo, y eso no es grave, pero el simple hecho de que siga existiendo a veces te deja sin respiración. Y luego están las esquelas, como si ayer mismo todas esas personas todavía estuvieran vivas y las reseñas de libros de escritores que en su día aspiraban a una segunda edición, ese mundo fue nuestro mundo y ya no existe, incluso a esos escritores olvidados te gustaría estrujarlos entre tus brazos, y también a los columnistas, la ropa, los coches, los televisores y los fallecidos, y qué es lo que tenemos a cambio: algo que no es nuestro sino de otros. Por todas partes hay personas mayores con los ojos húmedos leyendo periódicos antiguos en las terrazas, no es raro ver a alguna que, después de unos minutos, lo arruga y lo arroja lejos de sí, de hecho yo mismo me he visto haciendo eso, yo lo he hecho, ayer mismo, por ejemplo, porque me recordaba demasiado a las horas que pasé en el depósito de periódicos del Archivo, después de que se desintegrara el Equipo A, aquello era nostalgia doble, nostalgia al cuadrado, demasiado para mí en ese momento. Y en cualquier otro momento. Y arrugué el periódico y le di un puntapié y me fui al Albert Heijn y tuve un casi-altercado y me fui a casa con la compra metida en una bolsa y en casa puse en su sitio lo que había comprado y me senté en la silla de mi madre, BZZZT, BZZT, BZT, BZZZZT. Entonces llamó Lennox y ahora estoy con él de camino hacia el monasterio, y a la vez hacia un lugar que no es el monasterio. ¿Eso es todo, o me he olvidado de algo?